

AMERICA LATINA EN LA DECADA DE LOS OCHENTA

*Jaime Estay Reyno **

En el presente artículo, entregaremos un balance inicial acerca de lo ocurrido en las economías de América Latina durante la década de los ochenta, para lo cual veremos en primer lugar algunas de las cifras disponibles, para presentar posteriormente un conjunto de consideraciones de carácter general.

I. LAS CIFRAS DE LA DECADA DE LOS OCHENTA

Los latinoamericanos estamos ingresando a la última década del presente siglo, sin motivos para sentirnos satisfechos de lo ocurrido en los años ochenta en las economías de nuestros respectivos países. Cualquier balance de lo sucedido, difícilmente podría minimizar el deterioro que la región ha sufrido en los distintos niveles de su funcionamiento económico durante la década que recién finalizó. Para ver dicho deterioro, entregaremos algunas cifras de la década de los ochenta, haciendo con ellas un doble ejercicio de comparación: por una parte, las confrontaremos con las correspondientes al comportamiento económico regional en los setenta; por otra parte, las ubicaremos en el contexto de lo ocurrido en los últimos diez años a nivel del sistema capitalista mundial.

* Economista chileno, ganador del premio Raúl Prebisch, 1990, otorgado por la Asociación de Economistas de América Latina y el Caribe.

1. *Los años ochenta en comparación con la década anterior*

A finales de los años setenta, en los ámbitos académicos y políticos dominaban ampliamente las posiciones optimistas respecto a las perspectivas de las economías latinoamericanas para los años ochenta. A partir del reconocimiento de que la región había crecido de manera importante durante los setenta, que había logrado sortear con relativa facilidad la crisis del mercado mundial de 1974-75, y que los graves problemas por los cuales atravesaba el capitalismo no se habían expresado con fuerza en nuestros países, la gran mayoría de los análisis centraba la atención en las posibilidades de mantener el ritmo de crecimiento y en las condiciones que debían cumplirse para que la década de los ochenta constituyese un tránsito definitivo hacia el desarrollo en América Latina.

Diez años después, es claro que todo resultó diferente a lo pronosticado y que en los años ochenta, lejos de haberse mantenido y consolidado la situación de los setenta, ésta se revirtió y dio lugar a una crisis económica que en muchos sentidos no tiene precedentes históricos.

En lo que respecta a la comparación con los niveles de actividad que se dieron en los años setenta, en el Cuadro 1 se presenta un conjunto de cifras que da clara cuenta del violento cambio ocurrido en dichos niveles durante la década de los ochenta. Al respecto, para el conjunto de la región basta tener presente situaciones como las siguientes:

— De un crecimiento promedio de 5.6% en el PIB y de 3% en el producto per cápita durante los años setenta, se pasa en la década de los ochenta a tasas promedio de 1.4% y de -1.1% respectivamente. *Ello significa que la producción promedio por cada habitante de América Latina fue en 1989 inferior a la de 1978.*

— La caída ocurrida en los ochenta es aún más notoria en los indicadores de la producción industrial y, particularmente, de la inversión. En lo que respecta a la producción industrial, la tasa promedio anual de crecimiento para el período 1980-88 fue apenas superior a medio punto porcentual, en tanto que en los setenta dicha tasa fue de 6.2%; en lo que se refiere a la inversión, ésta pasó de un crecimiento anual de 7.4% en los setenta a una caída de 2.6% anual entre 1980 y 1988. *Así, la inversión por habitante en América Latina fue en 1988 apenas superior a la de 1975.*

A despecho de los violentos programas de ajuste y estabilización aplicados en la mayor parte de la región durante la década de los ochenta, el deterioro de los niveles de actividad se acompañó de una acentuación de los desequilibrios macroeconómicos:

- La inflación alcanzó niveles que en la región no tienen precedentes históricos, y que a nivel mundial sólo admiten comparación con lo ocurrido en economías devastadas por la guerra, en las cuales por cierto la explosión inflacionaria duró considerablemente menos que en América Latina. Así, en los ochenta para el promedio de la región se pasó de un nivel de crecimiento anual de los precios de 41% en los setenta, a un crecimiento anual de 217%, de tal manera que el término “hiperinflación” quedó integrado en los años ochenta al lenguaje cotidiano en no pocos países de América Latina.
- Durante los años ochenta persistieron elevados niveles de desequilibrio en las finanzas públicas, a tal punto que, para toda la región, el déficit gubernamental como porcentaje del PIB aumentó a más del doble en los años ochenta respecto a la década anterior, pasando de 2.1% a 4.7%. En ese incremento del déficit, el nuevo componente de mayor importancia estuvo del lado del gasto, y consistió en el sorpresivo incremento de los pagos de intereses por la deuda pública interna y externa.

A ese deterioro generalizado de los niveles de actividad y a esa acentuación de desequilibrios, se agrega una modificación tanto o más violenta de las relaciones externas de la región para los ochenta. Del Cuadro 2 se desprende que:

- A pesar de que las cifras de exportaciones e importaciones están calculadas sobre la base de dólares corrientes, y por tanto las tasas correspondientes a la década de los setenta tienen un alto componente inflacionario, es notoria la caída ocurrida en los ochenta en los ritmos de crecimiento de las exportaciones e importaciones regionales, a tal punto que en esa década el crecimiento anual en el valor total de las importaciones fue negativo en el promedio de América Latina y en 9 países de la región, en tanto que para el caso de las exportaciones dicho crecimiento fue negativo en 8 países.
- En el terreno del comercio exterior de América Latina, el indicador más claro del deterioro ocurrido en los ochenta, es el referido a la relación de precios del intercambio. En la década de los setenta, para América Latina la relación de tér-

minos del intercambio mejoró a una tasa promedio anual cercana al 2%, en tanto que durante los años ochenta la relación se deterioró a un ritmo anual de 3.1%, con lo cual dicha relación alcanzó a fines de los ochenta el nivel que tenía aproximadamente en 1971.

- En lo que respecta a la deuda externa, es notoria la disminución de su ritmo promedio anual de crecimiento en la década de los ochenta. En efecto, en el Cuadro 2 puede verse que dicho ritmo pasa de 24% en el período 1972-80 a 7% en el período 80-89. En las últimas columnas del mismo cuadro 2 se presentan los montos promedio de pagos netos de utilidades e intereses, de los cuales la mayor parte corresponden a intereses sobre la deuda externa. Allí puede verse que dichos montos, para el total de la región, aumentan en más de 5 veces durante los años ochenta, pasando de un promedio de 6.100, millones a un promedio superior a los 32.000 millones.

Teniendo presente la contundencia de las cifras entregadas para el conjunto en los Cuadros 1 y 2, para terminar este apartado sólo nos limitaremos a agregar dos elementos, referidos a la homogeneidad de la crisis y a la distribución de su peso.

- Respecto a lo primero, lo que interesa destacar es la notable homogeneidad con que la crisis económica se expresó durante los ochenta en los países latinoamericanos. Pese a las diferencias existentes entre las economías que componen la región, en la década de los ochenta la crisis ha sido un fenómeno claramente presente en prácticamente todas ellas. Las especificidades nacionales en el funcionamiento previo del capitalismo, las diferencias existentes en las políticas económicas previamente aplicadas, los distintos escenarios políticos y sociales, etc., no parecen haber sido elementos que hayan determinado la presencia o ausencia de crisis, ni que hayan empujado a que ésta se presentara con variaciones importantes de profundidad y duración. A la generalidad del deterioro ocurrido en las importaciones y exportaciones, y que se vio al presentar el Cuadro 2, se agrega el que, según el Cuadro 1, la caída de los niveles de actividad en los ochenta respecto a la década anterior ocurrió en 18 de los 19 países considerados; Chile aparece como la única excepción, explicada tanto por los bajos ritmos de crecimiento que tuvo durante la década de los setenta, como por las elevadas tasas que logró en 1984 y desde 1986 en adelante.

En todos los demás países considerados en los Cuadros 1 y 2, el crecimiento de las principales variables macro-económicas durante la década de los ochenta fue considerablemente menor al de los setenta, abundando las tasas negativas: cinco países tuvieron un crecimiento promedio anual negativo del PIB y ocho lo tuvieron en la producción industrial, en tanto que —de los 19 países considerados— sólo cinco tuvieron tasas positivas de crecimiento promedio en la inversión y únicamente dos en el producto por habitante. Así también, la disminución o reversión de la mejoría de los términos del intercambio ocurrió en todos los países de la región, y en 15 de los 19 países considerados se incrementaron los niveles de inflación durante los años 80.

- Respecto a lo segundo, lo que interesa tener presente es que la crisis ha estado lejos de constituir un proceso “neutro” respecto a la distribución de sus efectos negativos entre las distintas clases y fracciones de las sociedades latinoamericanas. Los asalariados han sido, con mucho, el sector más golpeado por la crisis, y al respecto sobran las evidencias. En el Cuadro 1 se ve que durante la década de los ochenta el salario real ha tendido a una rápida disminución, y que ello se ha acompañado de elevados niveles de desempleo.

En relación a los salarios, basta mencionar que a nivel regional ellos se han deteriorado a un ritmo cercano al 2% promedio anual; en lo que respecta al desempleo —área ésta en la cual las estadísticas son particularmente incompletas y poco confiables—, las cifras oficiales disponibles indican que para el conjunto de la región la tasa promedio de desempleo para los ochenta fue cercana al 9%.

Si a lo anterior se agregan los sustanciales recortes ocurridos en los gastos estatales en salud, vivienda, etc., el resultado final es un importante cambio en la distribución del ingreso, en el cual las ganancias se han mantenido, o han atenuado considerablemente su caída, a costa de la masa salarial y de las condiciones de vida de la mayor parte de los latinoamericanos.

2. *La región en el contexto mundial*

A comienzos de los ochenta, también dominaba el optimismo en los análisis respecto a la ubicación de América Latina en la

economía mundial. En la gran mayoría de esos análisis, el énfasis estaba puesto en la mayor presencia latinoamericana lograda en las relaciones económicas internacionales y en los volúmenes mundiales de la producción, en una supuesta mayor capacidad de defensa y de crecimiento de los niveles internos de actividad que poseía la región y en una relación cada vez más “entre iguales” con el capitalismo desarrollado cuya más clara síntesis eran las propuestas acerca de la “interdependencia”.

También en ese ámbito la realidad se movió en una dirección opuesta a la esperada. Al respecto, lo que interesa destacar en el presente artículo es que durante la mayor parte de la década de los ochenta, específicamente desde 1982, el deterioro ocurrido en América Latina se ubicó en un marco no de crisis o de recesión cíclica de la economía mundial, sino de recuperación y de tasas relativamente elevadas de crecimiento, y que como consecuencia de ello, la propia realidad se encargó de desmentir y/o de revertir la existencia de cualquier tendencia previa a una mayor influencia, autonomía y relación de igualdad con el resto del mundo. En tal sentido, conviene tener presentes tres elementos:

Primero. Según se puede observar en las últimas filas de los cuadros 1 y 2, durante la década de los ochenta el comportamiento de las economías latinoamericanas fue notoriamente peor al del promedio mundial y al del capitalismo desarrollado, situación ésta que es claramente contrastante con lo sucedido en los años setenta, cuando las economías de América Latina crecieron sustancialmente más que el resto del mundo. Así, por ejemplo, para los años 80 el crecimiento promedio anual del PIB de América Latina tuvo una tasa menor a la mitad de la correspondiente a los países industrializados, la diferencia de crecimientos de la producción industrial fue de 4 a 1, y la inflación promedio en América Latina fue superior a la del capitalismo avanzado en una proporción de 44 a 1.

Segundo. Como consecuencia de lo anterior, la participación de América Latina en el producto mundial y en los flujos internacionales de mercancías y de capitales cayó de manera importante en la década de los ochenta, revirtiéndose la tendencia a una mayor participación que se había dado en los setentas.

Una síntesis de esa situación puede verse en el cuadro 3, en el cual se presentan, para algunos años de las dos últimas décadas, los porcentajes de participación de América Latina en el produc-

to mundial y en los flujos internacionales de mercancías y de capitales.

En lo que se refiere al Producto, la comparación de los porcentajes de participación correspondientes a 1970 y 1980 permite ver claramente el mejor comportamiento de América Latina respecto al capitalismo desarrollado en los setentas. En esos 11 años, la participación de la región en el producto mundial pasa de 6.0% a 7.5%, lo que indica la mayor presencia de la región, amparada en un crecimiento ininterrumpido de sus niveles de actividad que ocurrió al mismo tiempo que en el capitalismo desarrollado se dieron incluso reducciones absolutas del Producto durante la crisis cíclica de 1974-75. Por el contrario, a partir de comienzos de los años 80 los porcentajes de participación de América Latina en el Producto mundial disminuyen, llegando para 1989 a un nivel de 6%, lo cual refleja la distancia cada vez mayor que existe entre el escenario de recuperación en las economías desarrolladas y el escenario de crisis en nuestras economías.

En lo que respecta al comercio internacional, las cifras del cuadro 3 también permiten diferenciar el violento cambio de situación ocurrido en América Latina. En lo que se refiere a la participación de América Latina en el total de importaciones, en el Cuadro se observa para los ochenta una importante caída de sus importaciones respecto del total mundial, de alrededor del 6% de ese total a fines de los 70, a 2.8% de ese total a fines de los ochenta. En el caso de las exportaciones, también se da una importante disminución en la participación de América Latina, si bien ella es mucho menos acentuada que para el caso de las importaciones, lo cual es una clara indicación del superávit comercial que se ha generado en la región para hacer frente al pago de intereses de la deuda externa.

En cuanto a los flujos internacionales de capitales, también en ellos es claramente distinguible la menor participación de América Latina durante la década de los 80, particularmente respecto a los flujos de crédito. Según puede verse en el mismo Cuadro 3, la participación de América Latina en los flujos mundiales de crédito se redujo de un nivel de 12% a mediados de los setenta a un nivel inferior al 4% para 1988.

Tercero. Paralelamente a la menor presencia de América Latina en la economía mundial, durante los ochenta también se han dado cambios de la mayor importancia en la composición por destino y origen de las exportaciones e importaciones respectivamen-

te, de América Latina y del capitalismo desarrollado. Para ver esos cambios hemos construido el Cuadro 4, en el cual se entregan cifras que dan cuenta de la importancia relativa del comercio internacional entre el capitalismo desarrollado y América Latina. De dichas cifras se desprenden claramente cuatro tendencias para la década de los ochenta:

- Un porcentaje cada vez mayor de las importaciones latinoamericanas tiene como origen al capitalismo desarrollado.
- Un porcentaje cada vez mayor de las exportaciones latinoamericanas tiene como destino al capitalismo desarrollado.
- Un porcentaje cada vez menor de las importaciones del capitalismo desarrollado tiene como origen a América Latina.
- Un porcentaje cada vez mayor de las exportaciones del capitalismo desarrollado tiene como destino a América Latina.

La conclusión, no por simple deja de ser grave: *durante los años ochenta, en el ámbito de las relaciones comerciales, América Latina es cada vez menos importante para el capitalismo desarrollado, y el capitalismo desarrollado es cada vez más importante para América Latina.*

Para terminar este apartado, interesa destacar que las cifras disponibles para 1989, las cuales han sido consideradas en la elaboración de los Cuadros 1 al 4, permiten asegurar que ese fue un año más de crisis en América Latina. En el Cuadro 5, en el cual se presenta la información específica para el año 1989, se ve que en ese año nuevamente el producto per cápita a nivel regional tuvo un crecimiento negativo y que el I. P. C. alcanzó un récord histórico cercano al 1.000%, a lo cual se agrega que los pagos netos de utilidades e intereses alcanzaron un monto de 38.3 mil millones de dólares, que es el mayor desde 1982. Si esos pagos no empujaron a un violento aumento de la transferencia neta de recursos desde América Latina hacia el resto del mundo, ello se debió a un mayor ingreso de capitales ocurrido en 1989 y a que en ese año nuevamente la región incrementó su superávit comercial.

II. BALANCE GLOBAL Y PERSPECTIVAS

Un balance global de lo ocurrido en los años ochenta en América Latina, nos parece que debería tener como algunos de sus principales nudos de análisis a los siguientes:

1. El reconocimiento, por cierto bastante simple, de que la crisis que ha vivido la región desde los primeros años de la década ha tenido principalmente causas y contenido económicos. Lo significativo de ese reconocimiento, es que permite tener presente dos elementos:

— *Primero.* El hecho de que el deterioro de las economías de la región se ha dado simultáneamente con un mejoramiento de los espacios políticos, encabezados por el retorno a la democracia en varios países. Ello, además de significar que son principalmente los regímenes democráticos los que “se sacaron el tigre en la rifa”, y que es sobre ellos y sobre el funcionamiento mismo de la democracia que recae el costo político de la crisis económica en situaciones en las cuales la aparición o el regreso del autoritarismo está latente (cuestiones éstas que no abordaremos en el presente trabajo), plantea una aguda contradicción entre los rumbos que efectivamente ha seguido la economía y aquellos otros, notablemente distintos, que eran esperables de acuerdo al nuevo panorama político regional. Dicha contradicción no es sólo un resultado obligado de la crisis, sino que también ha sido provocada, o al menos notablemente exacerbada más allá de lo que el desarrollo objetivo de la realidad exigía, por la dirección que han seguido las estrategias para enfrentar la crisis económica y por el conjunto de prácticas estatales que se ha definido y aplicado en función de esa estrategia. Más adelante retomaremos este punto.

— *Segundo.* La imposibilidad de achacar el estallido, profundidad y duración de la crisis a factores extraeconómicos, pese a lo que cualquiera podría suponer si tuviera solamente a la vista las cifras que dan cuenta de la debacle ocurrida en América Latina. A excepción de Nicaragua durante toda la década y de Panamá durante los dos últimos años —países en los cuales parte importante del deterioro económico se explica en el contexto de “conflictos de baja intensidad” con que el gobierno de los Estados Unidos ha actualizado la aplicación regional de su política del “gran garrote”— y a excepción también de El Salvador, en donde el conflicto político y militar ha sido decisivo en el comportamiento de la economía, en los restantes países latinoamericanos la crisis económica ha sido resultado no de guerras, conflictos políticos internos, terremotos, sequías, etc., sino del propio funcionamiento de la economía, tanto de su funcionamiento interno como de su

inserción en la economía mundial y de sus relaciones con el resto del mundo. Es sobre estos aspectos, que abundaremos en los siguientes puntos.

2. Un segundo nudo del análisis nos parece que se debería desprender del reconocimiento, también bastante obvio, de que toda crisis económica, incluida la que han venido atravesando los países latinoamericanos desde hace más de ocho años, constituye un intento por “sanear” el funcionamiento de la economía, y que ese proceso incluye no sólo la destrucción de lo viejo, sino también el desarrollo de nuevas tendencias y regularidades. En tal sentido, consideramos que hay una multitud de indicios, entre los cuales se encuentran varios de los indicadores económicos presentados en los anteriores apartados (y particularmente aquellos referidos a la homogeneidad en la presencia, profundidad y duración de la crisis y al mayor peso con que ella ha recaído en los sectores asalariados), que son expresión de un nuevo escenario que a través de la crisis está intentando ser construido, de manera notablemente uniforme, en la gran mayoría de los países de la región.

A nuestro juicio, al interior de la crisis regional se ha venido desplegando un conjunto de tendencias, que consideramos son muy importantes, y que apuntan a la creación de condiciones para una nueva forma de funcionamiento del capitalismo en América Latina. Dichas tendencias, cuya presentación y análisis hemos ido desarrollando en distintos Boletines, han tenido tres principales ejes: abrir, privatizar y liberalizar. La aplicación de esos tres ejes, articulada en torno al discurso de la “modernidad” —el cual también ha sido notoriamente homogéneo—, ha constituido el aspecto central de la estrategia económica aplicada en nuestros países en los últimos años y de los intentos para superar la crisis. Esa creación de condiciones, que va mucho más allá de una corrección de desequilibrios macroeconómicos, y que incluso trasciende el ámbito de la economía, abarcando al conjunto de la actividad social, en lo económico está significando profundas modificaciones. Al respecto, recordaremos sólo cuatro elementos generales:

— Los cambios en marcha incluyen múltiples aspectos de los procesos individuales y nacionales de producción, dando lugar a lo que en anteriores artículos hemos definido como “doble apertura”: “apertura” de cada capital respecto a los demás capitales individuales al interior de las economías la-

latinoamericanas y “apertura” de cada economía nacional de América Latina respecto al resto del mundo. Al nivel de las relaciones entre el capital y el trabajo, esos cambios se apoyan en un aumento sustancial de las tasas de explotación del trabajo asalariado, al cual no vemos motivo para asignarle un carácter transitorio; al nivel de las relaciones entre fracciones del capital, el apoyo está dado por un rápido desarrollo de la centralización de capitales, con un claro comando del proceso por parte del gran capital transnacional.

- Las modificaciones apuntan una restauración plena del mercado como espacio de confrontación de condiciones individuales y nacionales de valorización, y de la competencia como criterio definitorio de la supervivencia de los capitales individuales y de las modalidades de funcionamiento de los capitales nacionales latinoamericanos. Se trata, desde nuestro punto de vista, de un acelerado proceso de imposición de la economía mundial como referente no mediado del funcionamiento económico y, por tanto, de un proceso de desestructuración del complejo sistema de mediaciones de la competencia que acompañó al funcionamiento previo de las economías latinoamericanas.
- La redefinición del papel del Estado en relación a la economía constituye un componente central de las nuevas tendencias, así como también ha sido central la gestión desarrollada por los Estados latinoamericanos para imponer el nuevo funcionamiento económico. Son los propios Estados los que han encabezado el proceso de privatización de la vida económica, y de reducción acelerada de su capacidad —y por su intermedio, de la capacidad que tiene la nación— para definir los rumbos del desarrollo.
- Durante toda la década de los ochenta, los intentos a ultranza de servir la deuda externa se han constituido en el “caballo de troya” para la imposición de las nuevas formas de funcionamiento del capitalismo en América Latina. Es enarbolando como consigna al pago de la deuda, que se ha intentado justificar la apertura irrestricta a todas las formas del capital extranjero, la súbita “vocación exportadora” de las economías de la región, la reducción salarial, el recorte y cambio de dirección de la actividad estatal, etc.

Si bien en ese sentido el pago de la deuda ha sido eficaz para empujar hacia un rumbo distinto a las economías latino-

americanas, al mismo tiempo ese pago se ha constituido en el obstáculo más evidente para la superación de la crisis y para un desarrollo medianamente sostenido de los procesos nacionales de acumulación. Dicho de otro modo, el pago de la deuda ha ayudado a la creación de condiciones para un funcionamiento distinto, pero el mismo pago de la deuda ha impedido el despliegue de ese nuevo funcionamiento.

Una importante conclusión que se desprende de las consideraciones entregadas en este segundo punto es que, al contrario de lo que aún se plantea en algunos debates sobre la crisis en América Latina, el escenario económico regional no constituye una "tierra de nadie" en la que aún todo esté por definirse. Si bien la perplejidad ante la magnitud del deterioro económico, la falta de una respuesta ante los nuevos problemas y en general la incapacidad de entender la realidad y de actuar sobre ella, amenazan seguir siendo componentes principales de la reacción ante la crisis para una buena parte de las sociedades latinoamericanas, otros sectores de esas sociedades están impulsando desde hace ya varios años, con una constancia digna de mejor causa, su salida de la crisis.

De ahí que cualquier balance de lo ocurrido en las economías latinoamericanas debería incluir no sólo una evaluación de los estragos causados por la crisis, sino también un análisis de la viabilidad, contenido y forma de las nuevas tendencias que a través de la crisis se han intentado imponer. En tal sentido, a las consideraciones arriba planteadas respecto a las nuevas tendencias interesa agregar que, en nuestra opinión, la sola continuidad de la crisis y del problema de la deuda por más de ocho años, y las consecuencias que ello ha traído para la presencia de las economías latinoamericanas en la economía mundial y en los mercados internacionales de mercancías y de capitales, constituyen el más severo de los cuestionamientos que la propia realidad capitalista impone a la viabilidad de un proyecto construido sobre la base de lograr una presencia acrecentada de nuestras economías en la arena mundial.

3. Un tercer y último nudo del análisis, es aquel relativo al panorama mundial en el cual se ha desenvuelto la crisis de América Latina, y a las relaciones con el resto del mundo que la región tuvo en los ochenta. Los elementos a destacar al respecto, consideramos que son los siguientes:

Primero. Durante la década de los ochenta, en el funcionamiento de la economía mundial se acentuó al extremo el desarro-

llo desigual entre regiones siendo evidente el contraste, a partir de 1982, entre la situación del capitalismo avanzado por una parte, y por otra parte la del capitalismo atrasado y particularmente de América Latina y África. En los dos primeros años de la década, en un escenario de crisis cíclica al interior del cual todos los países se veían afectados, lo que se definía en la arena internacional era la distribución del peso de esa crisis, con el resultado de que cuando todos estaban perdiendo nuestros países perdían más; desde 1982 la situación cambia radicalmente y lo que nuestros países asumen ya no es el peso de una crisis mundial, sino el peso de la recuperación del capitalismo desarrollado, de tal manera que cuando ellos comienzan a ganar nosotros continuamos perdiendo.

La sola existencia de esa situación plantea severos interrogantes hacia el futuro, algunos de los cuales presentaremos posteriormente. Por ahora, interesa destacar que ese escenario de recuperación en el capitalismo desarrollado y de crisis en América Latina, nada tiene que ver con una multitud de teorizaciones cuyo principal punto de apoyo eran distintas versiones de la “teoría de la locomotora”, según la cual el crecimiento de los niveles de actividad en los países desarrollados, y particularmente en los Estados Unidos, provocaría de manera obligada la salida de la crisis en Latinoamérica. Esas teorizaciones se han mostrado incorrectas al menos para los últimos siete años, lo que no es poco decir.

Segundo. La ausencia durante los años ochenta de una “práctica de la locomotora”, y con ello el absoluto alejamiento de la realidad respecto de la correspondiente teoría, nos parece que constituye un reto analítico escasamente abordado, pese a la importancia que dicho abordaje tiene para una comprensión adecuada de lo ocurrido con la inserción mundial y con las relaciones económicas internacionales de América Latina durante esa década.

Más allá de las múltiples frases de solidaridad y de condolencia, que se han transformado en componente obligado de los discursos de los gobernantes de los países desarrollados en los foros bilaterales y multilaterales, y más allá de sus reiteradas seguridades de que el crecimiento de América Latina le conviene a todos, nos parece que habría que empezar por preguntarse —incluso como un requisito metodológico del análisis— si efectivamente la situación de América Latina ha tenido esa tan clara “disfuncionalidad” para la economía mundial que todos le atribuyen. Sin ánimo de intentar en este artículo una respuesta, sino tan só-

lo buscando desbrozar el camino para futuros intentos, nos interesa dejar planteado lo siguiente:

- Nada de lo ocurrido en la década de los ochenta justifica el asumir como objetivo del funcionamiento del sistema capitalista en esa década, un crecimiento equilibrado de las economías nacionales. Dicha asunción es históricamente falsa, y es aún más falsa para una década que se caracterizó por la agudización de la competencia a todos los niveles, por una lucha acrecentada en los mercados internacionales de mercancías y de capitales y por una centralización de la toma de decisiones entre —y en función de los intereses de— un grupo cada vez más reducido de países. Incluso más allá de lo ocurrido en los mercados y en la competencia, el sentido último de las reestructuraciones que se han venido dando en los procesos productivos al interior del capitalismo desarrollado, sobre todo desde la segunda mitad de la década, es el de crear las condiciones para salir victoriosos en un enfrentamiento de capitales individuales y nacionales que promete volverse aún más violento en los años por venir.

En los años más recientes, a esa situación se han sumado las profundas modificaciones que están ocurriendo en las economías de Europa del Este. De manera inmediata, dichas modificaciones están significando que para el capitalismo desarrollado esos países tiendan a constituirse en un polo de atracción de mercancías y de capitales, y en tal sentido le disputarán a América Latina la recepción de una parte importante de los capitales excedentarios que buscan colocación; en el mediano y largo plazos las economías de Europa del Este, en distinto grado según el rumbo que finalmente tome cada una de ellas, apuntan a tener una presencia cualitativamente diferente en los mercados mundiales y en la competencia internacional.

Ante ese panorama, un mínimo de realismo obligaría a no asumir apriorísticamente que en los años ochenta el crecimiento de América Latina constituyó algo así como una prioridad mundial no alcanzada, a aceptar que si de prioridades se trata bien pueden haber existido regiones con mayor interés que la nuestra para el capitalismo desarrollado y a no confundir los intereses nacionales de los países de América Latina, e incluso los intereses de aquellas fracciones de la

burguesía latinoamericanas que se han visto golpeadas por la crisis, con los intereses y necesidades de las economías capitalistas desarrolladas y del gran capital transnacional.

- A juzgar por la absoluta primacía que los gobiernos de los países desarrollados y los organismos internacionales que ellos dirigen han otorgado a la “modernización” de nuestras economías, resulta evidente que para ellos lo mejor son economías latinoamericanas más abiertas, más privadas y con un funcionamiento más libre de sus mercados. Sin embargo, también a este nivel habría que preguntarse si lo que es “bueno” para ellos también lo es para nosotros, empezando por tener claro quienes componen el “nosotros”.
- Partiendo del hecho de que el pago de la deuda externa ha constituido la forma dominante de relación entre nuestros países y el capitalismo desarrollado durante los últimos siete años, convendría distinguir entre lo irracional de ese pago desde el punto de vista de los procesos nacionales de acumulación en América Latina, y lo racional que él puede haber resultado desde el punto de vista no sólo de los bancos acreedores sino del conjunto del capitalismo desarrollado. Desde esa perspectiva, consideramos que *la recepción de intereses es la mejor forma de relacionarse con economías en crisis*. Para justificar esa afirmación, basta tener presente que en principio la relación acreedor-deudor, a diferencia de lo que ocurre con la inversión extranjera directa y con las relaciones de compra y venta de mercancías, es la única en la cual el traspaso de excedentes, en este caso hacia el exterior, se desenvuelve con independencia de las condiciones individuales y nacionales de la acumulación, lo que no es más que un resultado directo —llvado hasta el extremo con la deuda externa de América Latina durante la década de los ochenta— de la forma exterior al proceso de producción que reviste el movimiento de todo capital dinero de préstamo.

Tercero. Para terminar, y también a manera de hipótesis iniciales para desarrollar en el futuro, interesa dejar planteados al menos dos interrogantes respecto a posibles escenarios de las relaciones económicas internacionales de América Latina en la década que se inicia:

- Un primer interrogante, cuyo análisis debería constituir mucho más que un ejercicio académico, se refiere a las consecuencias que para las economías de América Latina ten-

dría una nueva crisis cíclica del mercado mundial. En términos generales, nos parece que dicha crisis, cuya posible ocurrencia en el mediano plazo de ninguna manera puede ser descartada, tendría dos tipos de efectos en la región: por una parte, como resultado de que esa crisis mundial se superpondría a la crisis por la que viene atravesando América Latina, su estallido con toda seguridad que de manera inmediata empujaría aún más a nuestras economías hacia el abismo, afectando hasta un grado inimaginable los ya deteriorados niveles de actividad; por otra parte, y dependiendo de los sentidos que tomara esa posible crisis cíclica y de la profundidad con que ella restructurara el actual funcionamiento de la economía mundial, podría ocurrir que en el mediano plazo ella diera lugar a un escenario distinto, en cuyo interior el crecimiento de las economías latinoamericanas tuviera condiciones de existencia más propicias que las actuales. Por ejemplo, si se considera que el funcionamiento de la economía mundial de las últimas décadas aún no ha saldado cuentas con el rápido desarrollo que ha tenido el crédito, con la disociación entre ese desarrollo y los niveles y ritmos de la acumulación, con los profundos desequilibrios presentes en el capitalismo desarrollado y con los intentos del dólar por funcionar como dinero mundial, bien podría ser que una nueva crisis cíclica tuviera entre sus resultados a una profunda depreciación del dólar y a un ajuste del sistema de crédito que incluyera la depreciación definitiva de los títulos de la deuda externa del capitalismo atrasado.

- Un segundo interrogante, tanto o más importante que el anterior, es aquel referido a la posibilidad de que la situación de los ochenta se prolongue durante la década que se está iniciando, esto es, que el capitalismo desarrollado continúe manteniendo su crecimiento a costa de la manutención de la crisis en nuestros países. Más que apostar pesimistamente a favor de esa posibilidad, lo que nos interesa es que ella no sea descartada por un razonamiento tan simple como el suponer que en los noventa rendirá frutos la supuesta cruzada mundial para sacar de la crisis a nuestras economías.

A ello habría que agregar que si el capitalismo desarrollado tiende en los noventa a mantener las formas de relación que mantuvo en la década pasada con América Latina, y si paralelamente no hay una modificación sustancial de la complacencia con que esas formas de relación han sido asumidas

internamente en nuestros países, es perfectamente posible que en la década que se inicia el funcionamiento de la economía mundial empuje a que la región se mantenga al interior de una crisis que hasta ahora ha tenido como principales ejes la búsqueda de una recuperación que no aparece y la reestructuración en direcciones que no logran concretarse.

Cuadro 1 AMERICA LATINA (tasas promedio anuales)
(Continuación)

Paraguay	8.7	3.5	5.6	0.0	18.2	0.0	10.9	2.0	13.1	20.6	0.0	1.1	1.0	2.7	5.2	4.8
Perú	3.9	-0.7	1.1	-3.5	8.9	-2.6	4.6	-0.5	32.5	246.2	-1.5	-3.8	-1.8	-14.4	7.9	6.6
R. Dominicana	6.9	2.9	4.2	0.2	10.0	4.3	8.8	2.8	10.8	23.3	-1.4	1.7	-2.2	-4.3	n.d.	n.d.
Uruguay	3.0	-0.3	3.0	-0.9	9.0	-7.8	4.0	-1.9	63.4	58.0	-1.9	2.6	-2.2	-2.6	10.1	10.6
Venezuela	4.1	-0.5	0.6	-3.5	4.6	-1.0	3.4	0.6	9.2	23.0	-0.2	1.6	n.d.	-4.2	6.4	10.0
Total A. Latina	5.6	1.4	3.0	-1.1	7.4	-2.6	6.2	0.6	41.1	217.6	-2.1	4.7	-0.7	-1.9	8.3	8.6
P. Desarrollados	3.2	2.9	2.4	2.2	2.8	3.6	3.0	2.5	8.6	4.9	-2.6	4.5	11.2	5.6	4.5	7.6
Mundo	3.6	2.9	—	—	—	—	—	—	10.9	11.3	-2.6	4.9	n.d.	n.d.	n.d.	n.d.

* PIB per cápita: países ind., tasas de crec. del período 71-80.

** Inversión: Países ind., inversión bruta fija y tasas de crec. del período 71-80.

*** Precios al consumidor: para Nicaragua 1975-1980; mundo, período 80-88.

* Déficit o superávit como porcentaje del PIB. Déficit (-); Superávit (+); Brasil hasta 1985; Haití, México y Uruguay hasta 1987. Para América Latina, promedio simple; país es industriales 81-87; mundo 81-86.

** Para América Latina, salario mínimo real urbano; Costa Rica hasta 1988; Haití, Honduras y América Latina 1987; Guatemala 1986; El Salvador, Nicaragua, Panamá y República Dominicana hasta 1985.

*** Desempleo: Para los países de América Latina, tasas de desempleo urbano nacionales o de las principales ciudades; para toda América Latina, promedio simple; para países ind., promedio ponderado por la PEA. Para la década de los 70: Bolivia 77-80; Brasil 78-80; Costa Rica, Paraguay, Uruguay y Perú 76-80; Ecuador 79-80; para países ind. la primera columna corresponde al período 1971-80.

Cuadro 3

AMERICA LATINA EN LOS TOTALES MUNDIALES

	1970	1975	1980	1985	1989
Producto	6.0	7.0	7.5	6.8	6.5
I. E. D.	n.d.	n.d.	11.8	8.1	5.8
Crédito Internac.	3	12	4.7	2.9	3.6*
Exportaciones	5.7	5.7	5.5	5.3	3.9
Importaciones	5.7	6.3	5.8	3.9	2.8

* Corresponde a 1988.

Cuadro 4

 IMPORTANCIA RECIPROCA DEL COMERCIO
 INTERNACIONAL ENTRE EL CAPITALISMO DESARROLLADO
 Y AMERICA LATINA

	1972	1976	1980	1984	1988
AMERICA LATINA					
Importaciones desde C. D. como % de sus Imp. totales	75.8	61.6	60.3	62.1	72.6
Exportaciones hacia C. D. como % de sus Exp. Totales	72.7	68.4	65.3	70.1	72.9
CAPITALISMO DESARROLLADO					
Importaciones desde A. L. como % de sus Imp. totales	5.8	5.4	5.6	6.9	4.8
Exportaciones hacia A. L. como % de sus Exp. totales	5.9	5.8	6.0	4.6	4.0

FUENTE: F. M. I., direction of trade Statistics, Yearbook, varios números

Cuadro 5

AMERICA LATINA EN 1989

	1987	1988	1989
	(tasas anuales de crecimiento)		
P. I. B.	2.9	0.6	1.1
P. I. B. Per cápita	0.7	-1.5	-1
I. P. C.	198.5	757.7	994.2
Pr. del Interc.	-0.5	-1.5	1.9
	(miles de millones de dólares)		
Exportaciones	89.2	101.5	110.3
Importaciones	67.4	76.2	82.3
Balanza comercial	21.8	25.3	28
Utilidades e intereses	-31.4	-34.2	-38.3
Cuenta corriente	-10.7	-10.3	-11.1
Movimiento de capitales	14.9	5.3	13.7
Deuda externa	416.3	413	415.9
Transferencia neta	-16.5	-28.9	-24.6

FUENTE: Balance preliminar 1989, CEPAL